

## El momento y la ternura (4).

### Variaciones sobre tres cuadros de Edward Hooper

#### Night windows (Hopper, 1928). Segunda parte.

Se sirvió otra copa de ginebra sin hielo y sin ganas. La cuestión es celebrar que **el tiempo pasa cuando menos se espera**. La llenó a medias como su propia vida y la dejó sobre la mesa. En el suelo había otra bolsa con pedazos de mapa. Casualidad o no, los únicos *souvenirs* que le dejaron sus dos amantes están tan rotos y encerrados como ella. Escanció la bolsa con el mapa de **Eduardo** en la alfombra y se puso a ordenar las teselas cuidadosamente sobre las tapas de una carpeta. Una línea roja le sirvió de guía para terminar el rompecabezas en menos de 15 minutos. Con papel transparente de cocina lo retractiló como a un dominical cualquiera. Volvió al sofá, más tranquila, y esperó paciente a que sonara el portero automático.

Su amiga era imbécil pero amiga a fin de cuentas. Para colmo, también era amiga de su ex y amiga de sus amigas, lo que la convertía en confidente recíproco de ambos bandos con todos los peligros que eso conlleva. A pesar de todo, la quería. Lo cierto es que no conozco a nadie que **Elena** no pudiera querer potencialmente. Su altruismo raya lo patológico. **Se entrega hasta la náusea**. Le ocurrió con él, con su trabajo, con sus amigas. Sólo pudo controlar su afán por darse entera con Eduardo y hoy está muerto. El timbre sonó alrededor de las 5 de la madrugada. Durante los primeros 10 minutos Elena tuvo que aguantar el aluvión de reproches de su amiga, *estás loca, sabes la hora que es, espero que sea por algo grave y no por otra tontería de las tuyas*. Luego se sentaron en el sofá, frente a la mesa, con el televisor y las luces apagadas. *Ha muerto Marlon Brando*, le dijo ella. *Lo sé*, contestó su amiga con el lápiz de ojos corrido, junto a la ventana abierta.

Era la segunda ocasión que solicitaba sus favores. La primera vez le rogó una somera descripción de la otra. Fue en la terraza de un bar, en pleno verano. El sudor le corría por la espalda a la velocidad de los celos. Porque sentía celos. **Unos celos animales, instintivos, incurables** hasta para una psiquiatra como ella. Su amiga la retrató con tal detalle que Elena pudo recrear sus gestos y su cuerpo de mil posturas, con él encima, debajo, detrás, hasta volverse loca. *Quizá lo hice para odiarla con un rostro equivocado*, le confesó meses más tarde. *Hoy te pido que termines la copa con mi camisón puesto*, y cogiéndole ambas manos para impedir su huida añadió: *Luego tira esto por la ventana*. Se desnudaron cara a cara, intuyéndose. Un minuto más tarde, mientras Elena bajaba las escaleras de dos en dos en dirección a la puerta del garaje, una mujer vestida de rojo celebraba la fuga **arrojando al cielo retales de una paliza denunciada**.

Aunque el lector no le quite ojo a la ventana ni se mueva de la parada del autobús, sabe sobradamente que Elena tomará un taxi hasta la estación, que una vez allí pagará la fianza del coche de alquiler, que abrirá el mapa recién restaurado sobre su falda, lo estudiará un par de minutos, encenderá las luces y arrancará impaciente, temblando, con los nervios del que va a nacer de nuevo. Seguro que seguirá la ruta marcada por Eduardo hasta llegar al final de la línea

roja. Allí apagará el motor, los ojos, y entonces que cada uno piense lo que quiera.